

la menor fractura... A mí me agrada la gente alegre. Pero Gervasia se incrustaba cada vez más en el ángulo de la puerta, presa de un deseo de llorar tan grande, que destruyó el apacible gozo que había experimentado durante el día. No pensaba en abrazar á su cuñada y suplicaba á Coupeau que alejase de allí aquel borracho. Entonces Bazouge, tambaleándose, hizo un gesto de filosófico desdén.

—Esto os impedirá que algún día paséis por mis manos, niña mía... y os daréis por muy contenta si pasáis... Sí, mujeres conozco, y no pocas, que dirían: «mil gracias» si nos las llevásemos...

Y como quiera que los Lorilleux se decidían á llevarse con ellos, volvióse, y balbuceó una postrera frase entre dos hipos:

—Cuando uno se muere... sabédlo bien... cuando uno se muere, es para mucho tiempo.

IV

Transcurrieron cuatro años de penoso trabajo. En el barrio, Gervasia y Coupeau eran considerados como un buen matrimonio, vivían retirados, sin querellas, y sólo se permitían dar un paseito los domingos hacia Saint-Ouen. La mujer trabajaba doce horas al día en casa de la señora Fauconnier, y encontraba tiempo además para mantener su habitación limpia como una plata y arreglar la comida á toda su gente, mañana y tarde. El marido no se emborrachaba, traía á casa la paga de sus quincenas y fumaba una pipa en la ventana antes de acostarse, tomando el fresco. Se les citaba como modelos. Y en atención á que ganaban entre los dos cerca de nueve francos al día, calculábase que debían juntar bastantes ahorritos.

Pero, al principio sobre todo, fuéles preciso trabajar de lo lindo para juntar un cabo con otro. Su boda les había producido una deuda de doscientos francos. Además, no se hallaban á su gusto en el hotel Boncoeur; encontrábanlo repugnante y mal frecuentado, y anhelaban poder vivir en su casa, con muebles propios, que cuidarían mucho.

Veinte veces calcularon la cantidad que la realización de su sueño importaría; necesitaban, en números redondos, trescientos cincuenta francos, si querían des-

de un principio tener donde guardar sus vestidos, y una cácerola y una sartén á mano para cuando de ello hubiesen menester. Desesperaban de ahorrar una suma tan crecida en menos de dos años, cuando la fortuna les dirigió una sonrisa; un anciano, señor de Plassans, les pidió á Claudio, el mayor de los chicos, para ponerle en el colegio del pueblo; rasgo generoso de un hombre original, aficionado á cuadros, á quien había llamado vivamente la atención un álbum de dibujos perfilados antaño por el muchacho. Claudio les costaba ya los ojos de la cara. Cuando no tuvieron á su cargo más que á Esteban, el menor, ahorraron los trescientos cincuenta francos en siete meses y medio.

El día en que compraron sus muebles en una prendería de la calle de Belhomme, dieron, antes de volver á casa, un paseo por los bulevares exteriores, henchido de inmenso gozo el corazón. Tenían una cama, una mesita de noche, una cómoda con tablero de mármol, un armario, una mesa redonda con su tapete de hule y seis sillas, todo de caoba, sin contar los colchones, la ropa blanca y los utensilios de cocina casi nuevos. Este paso era para ellos como una entrada definitiva y formal en la vida, algo que, haciéndoles propietarios, les daba cierta importancia entre las gentes acomodadas del barrio.

Desde hacía dos meses, preocupábales la elección de una nueva habitación. Al principio querían tomar cuarto en la casa grande de la calle de la Goutte d'Or; mas ninguno había vacante, y hubieron de renunciar á su antiguo ensueño. A decir verdad, no lo sintió en el fondo Gervasia; la vecindad de los Lorilleux, puerta á puerta, la espantaba mucho.

Pusiéronse, pues, á buscar por otro lado. Coupeau, muy acertadamente, tenía empeño en no alejarse de la tienda de la señora Fauconnier á fin de que Gervasia pudiese estar de un salto en su casa, siempre que fuese necesario. Y por último hallaron una proporción, un cuarto muy capaz, con gabinete y cocina, calle Neuve de la Goutte d'Or, casi enfrente de la planchadora.

Era una casita de un solo piso, de escalera angosta, en lo alto de la cual sólo había dos cuartos, uno á

derecha y otro á izquierda; la planta baja estaba habitada por un alquilador de coches, cuyo material ocupaba los cobertizos de un extenso patio en toda la longitud de la calle. La joven, encantada, creíase de nuevo en el pueblo; sin vecinas, sin chismes que temer; un rincón de tranquilidad que le recordaba una calleja de Plassans, detrás de los baluartes; y para colmo de satisfacción, podía ver su ventana, desde su mesa de trabajo, sin soltar las planchas, con sólo alargar el cuello.

La mudanza tuvo lugar á principios de abril. Hallábase entonces Gervasia en cinta de ocho meses. Pero mostraba mucho ánimo, decía riendo que su hijo la ayudaba á trabajar y que sentía, en su interior, cómo sus manitas la empujaban y la daban fuerzas. No se chungaba poco con Coupeau los días en que éste quería hacerla acostar para que reposase un tanto. Ya se acostaría cuando llegasen los fuertes dolores. Siempre sería demasiado pronto, por cuanto ahora, con una boca más, iba á ser necesario apretar el hombro. Y ella fué la que fregó el cuarto, antes de ayudar á su marido á colocar los muebles en su sitio. Tenía por ellos una especie de culto, los limpiaba con cuidados maternos, partiéndosele el corazón al ver en ellos el menor arañazo. Deteniase, petrificada, como si se hubiese golpeado á sí misma si al barrer les tropezaba. Deliraba sobre todo por la cómoda, la encontraba hermosa, sólida y de aspecto formal. Un deseo, del que no se atrevía á hablar, era el tener un reloj para colocarlo en el centro del tablero de mármol, donde hubiera producido un efecto magnífico. A no ser por el niño próximo á nacer hubiérase arriesgado quizás á comprar su anhelado reloj.

Así, pues, aplazábalo para más adelante, exhalando un suspiro.

El matrimonio vivió algún tiempo encantado en su nueva habitación. La cama de Esteban ocupaba el gabinete, donde todavía podía colocarse una cuna. La cocina era grande como la palma de la mano y muy obscura; pero dejando abierta su puerta se veía lo bastante; además, Gervasia no había de guisar para treinta personas; bastaba con que tuviese sitio para

hacer su cocido. La sala constituía su orgullo. Desde por la mañana, corrían las cortinas de la alcoba, unas cortinas de percal blanco, y la habitación se encontraba transformada en comedor, con su mesa en el centro, y el armario y la cómoda uno enfrente de la otra. Como la chimenea consumía hasta quince sueldos de carbón de piedra por día, habíala tapiado, y durante los fríos rigurosos se calentaban con una estufa de hierro fundido que sólo consumía por valor de siete sueldos.

Además, Coupeau había adornado las paredes lo mejor que pudo, prometiéndose nuevos embellecimientos: un mariscal de Francia, caracoleando con su bastón en la mano, entre un cañón y un montón de balas; hacía las veces de espejo; encima de la cómoda, alineábanse en dos filas las fotografías de la familia, á derecha y á izquierda de una pillita de agua bendita de porcelana dorada, donde se ponían los fósforos, y sobre la cornisa del armario un busto de Pascal enfrente de un busto de Beranger, uno grave, sonriente el otro, cerca del cuclillo cuyo tic tac parecían escuchar. Era, en verdad, una hermosa sala.

—¿A que no adivináis qué alquiler pagamos?—preguntaba Gervasia á cada nueva visita.

Y cuando se equivocaban en más, triunfaba, exclamando entusiasmada de encontrarse tan bien instalada por tan poco dinero.

—¡Ciento cincuenta francos! Ni un céntimo más. ¿Qué tal? ¡Es regalado!

La calle Neuve de la Goutte d'Or entraba por mucho en su alegría. Gervasia vivía en ella, yendo sin cesar de su casa á la de la señora Fauconnier. Coupeau, ahora, bajaba por las noches á fumar su pipa en el umbral de la puerta. La calle, sin aceras, mal empedrada, formaba cuesta. En lo alto, y hacia la calle de la Goutte d'Or, había tiendas sombrías, con vidrieras sucias, zapateros, toneleros, un depósito de comestibles lóbrego, un tabernero en quiebra, cuyas puertas cerradas desde algunas semanas cubríanse de carteles.

Al otro extremo, hacia París, ocultaban el cielo grandes casas de cuatro pisos, ocupadas sus plantas bajas

por tiendas de planchadoras próximas unas á otras en montón: únicamente la portada de un peluquero, pintada de verde y llena de frascos de diferentes colores, alegraba aquel rincón de sombra con el vivo reflejo de sus bacías siempre limpiísimas.

Mas la verdadera alegría de la calle se encontraba en el centro, sitio en que las edificaciones, más raras y más bajas, dejaban penetrar el aire y el sol. Los cobertizos del alquilador de coches, el establecimiento vecino donde se fabricaba el agua de Seltz, el lavadero, en frente, ensanchaban un vasto espacio libre, silencioso; en el que parecían aumentar aún el recogimiento, las voces apagadas de las lavanderas y la respiración regular de la máquina de vapor. Profundas hondonadas y callejas que se perdían entre negras paredes, daban á este sitio el aspecto de una aldea. Y Coupeau, distraído por los raros transeuntes que saltaban por encima del arroyo continuo de las aguas jabonosas, decía recordar un país á donde había ido á la edad de cinco años en compañía de una de sus tías. A Gervasia dábale grande alegría un árbol plantado en un patio, á izquierda de su ventana, una acacia con una sola rama y cuyo escaso verdor bastaba para hacer el encanto de toda la calle.

La joven dió á luz el último día de abril. Los dolores la sorprendieron por la tarde, á las cuatro, mientras planchaba un par de cortinas en la tienda de la señora Fauconnier.

No quiso irse á casa de seguida, y permaneció allí retorciéndose sobre una silla y planchando un poco cuando se calmaban los dolores; el trabajo aquel urgía y tenía empeño en acabarlo; además, tal vez aquello no sería más que un cólico, y no valía la pena de contemplarse por un dolor de tripas. Pero al disponerse á planchar unas camisas de hombre, púsose muy pálida. Tuvo que salir, pues, del obrador y atravesar la calle encorvada completamente, y agarrándose á las paredes. Ofrecióse una obrera á acompañarla; mas ella se negó, suplicándole únicamente que pasase á avisar á la comadrona allí cerca, calle de la Charbonniere.

Animábase á sí propia la joven diciéndose que «no

se quemaba la casa», que aquello duraría toda la noche, de seguro. Eso no había de impedirle preparar la comida de Coupeau; después, vería de echarse un momento en la cama, sin desnudarse siquiera. Pero en la escalera, sobrevinole una crisis tal, que hubo de sentarse en un escalón, apretando ambos puños contra su boca para no gritar, pues le hubiera dado gran vergüenza que la hubiesen visto hombres en aquel estado, si por casualidad subía alguno. Calmado el dolor, pudo abrir su puerta, algo aliviada y pensando decididamente que aún no había llegado la hora.

Había pensado hacer aquella noche un guiso de carnero con el magro de unas chuletas. Todo marchaba todavía bien, mientras mondó las patatas; y había puesto ya la carne de las chuletas en una sartén, cuando reaparecieron los sudores y los dolores cólicos. Dió una vuelta á la carne, pateando ante el fogón, con los ojos anegados en lágrimas.

El que ella pariese—decía—no era motivo para dejar sin comida á Coupeau. Por fin, el guisado coció á fuego lento. La joven volvió á la sala, creyendo tener tiempo para poner un cubierto en la mesa. Pero tuvo que dejar en seguida la botella del vino, y sin fuerzas ya para llegar á la cama, cayó y parió en el suelo, sobre una estera. Cuando llegó la comadrona; un cuarto de hora después, la ayudó á salir del apuro en el mismo sitio.

El plomero continuaba trabajando en el hospital.

El plomero continuaba trabajando en el hospital. Gervasia no quiso que fuesen á molestarle. Cuando llegó, á las siete, encontró á su mujer acostada, bien arropada y reposando, muy pálido el semblante, sobre la almohada. El recién nacido lloraba, envuelto en un mantón, á los pies de su madre.

—¡Ah! ¡pobrecita mujer mía!—exclamó Coupeau besándola.—Y yo que bromeaba aún no hace una hora, mientras que tú gritabas y padecías. ¡Pero, dime; tú no te apuras; sueltas eso en menos tiempo del que se necesita para estornudar!

Sonrió Gervasia débilmente, murmurando:

—Es una niña.

—¡Me alegro!—repuso el plomero, bromeando para

animaría.—¡Precisamente había encargado yo una niña! y ¡héteme ya servido! ¿Es decir, que tú haces lo que yo quiero?

Y tomando en brazos á la niña, continuó:

—¡Dejáos mirar un poco, señorita Souillon! ¡Estáis muy negrita; pero no temáis; ya os pondréis blanca! Sobre todo, que seáis juiciosa, que no os hagáis la rebelde, y que procuréis ser buena como papá y mamá.

Gervasia, muy seria, contemplaba á su hija con los ojos muy abiertos, algo velados por la tristeza. Movi6 la cabeza; hubiera querido un niño, porque los niños se desenmarañan siempre y no corren tantos peligros en este París.

La comadrona hubo de arrancar á la niña de manos de Coupeau. Prohibió además á Gervasia que hablara, y añadió que no convenía que se metiese tanto ruido al lado de una parida. Entonces Coupeau dijo que se había de avisar á mamá Coupeau y á los Lorilleux; pero como se estaba muriendo de hambre, quería comer antes. Gran disgusto fué para su mujer el verle servirse á sí mismo; correr á la cocina á buscar el guisado, comer en un plato sopero, y no encontrar el pan.

A pesar de la prohibición lamentábase y daba vueltas debajo de la ropa, diciendo que había sido una desgracia no poder poner la mesa, ya que el dolor la había derribado en el suelo como un garrotazo. Su marido no la perdonaría el que se estuviese tan repantigada, mientras él comía tan mal. ¿Estaban bastante cocidas las patatas, al menos? Ni siquiera se acordaba de si las había echado sal.

—¿Os callaréis?—gritó la comadrona.

—¡Difícilillo es que la impedáis impacientarse!—dijo Coupeau con la boca llena.—Si no estuviésemos aquí, apuesto á que se levantaba de la cama para partirme el pan... ¡Estate quieta, tonta! De lo contrario necesitarás lo menos quince días para restablecerte... Está muy bueno tu guisado. La señora comerá conmigo, ¿verdad?

La comadrona rehusó el convite, pero aceptó un vaso de vino porque se había asustado, según decía, al encontrar á la pobre mujer con la niña sobre la este-

ra. Coupeau salió por último para anunciar la novedad á la familia. A la media hora volvió con toda la gente, mamá Coupeau, los Lorilleux y la señora Lerat, que estaba casualmente en casa de estos últimos. Los Lorilleux, al ver la prosperidad de la nueva familia, habíanse amabilizado singularmente; elogiaban exageradamente á Gervasia, no sin dejar escapar algunos gestos restrictivos, movimientos de cabeza y guiños, como para aplazar su juicio definitivo. Finalmente sabían lo que sabían; sólo que no querían marchar contra la opinión de todo el barrio.

—¡Te traigo á toda la pandilla!—gritó Coupeau.—Se han empeñado en verte... No abras el pico, que lo tienes prohibido. Ellos no harán más que mirarte, tranquilamente, y sin por ello enojarse, ¿verdad? ¡Entre tanto, voy á hacerles el café, y de amigo!

Dicho esto se fué á la cocina. Mamá Coupeau, después de haber dado un beso á Gervasia, admirábase del volumen de la niña. Las otras dos mujeres habían aplicado también sonoros besos en las mejillas de la parida. Y las tres, de pie ante la cama, comentaban, entre exclamaciones, los detalles de los partos, comparándolos con la extracción de una muela, y nada más.

La señora Lerat examinaba á la recién nacida por todas partes; declarando que estaba muy bien formada y añadiendo, con intención, que sería una buena moza; y como le encontrase algo puntiaguda la cabeza, empezó á moldeársela suavemente, á pesar de sus lloros; para redondearla.

La señora Lorilleux le arrancó la niña, enfadada; bastaba para dar todos los vicios á una criatura el manosearla así teniendo el cráneo tan blando. Después, buscó á quién se parecía. Por poco se arma una disputa. Lorilleux, que alargaba el cuello por entre las mujeres, decía que la niña no había sacado nada de Coupeau; lo más, algo de la nariz, y gracias. Era el vivo retrato de su madre, con otros ojos; de seguro, estos ojos no venían de la familia.

A todo esto Coupeau no reaparecía. Oíanlo, en la cocina, luchar con el hornillo y la cafetera. Gervasia se quemaba la sangre; no era ocupación para un hom-

bre hacer el café. Y le gritaba cómo debía manejarse, sin atender los energicos «psit!» de la comadrona.

—¡Arriba con el café!—exclamó Coupeau saliendo con la cafetera en la mano.—¡No ha estado poco fastidiosa!... Vamos á beber esto en vasos, ¿verdad? porque las tazas se han quedado en la tienda.

Tomaron asiento alrededor de la mesa y el plomero quiso servir por sí mismo el café. Oía muy bien, no era de achicorias. La comadrona, después de haber bebido á sorbos su vaso, se marchó; la cosa andaba bien, ya no se la necesitaba, pero si por la noche ocurría novedad, la avisarian.

Todavía bajaba por la escalera, suando la señora Lorilleux la trató de borracha y de inútil, que se ponía cuatro terrones de azúcar en el café, que se hacía dar quince francos para que una mujer pariese sola. Pero Coupeau salió en su defensa; de muy buena gana daba los quince francos; al fin y al cabo esas mujeres pasaban su juventud estudiando; razón tenía, pues, para hacerse pagar caro. Después Lorilleux disputó con la señora Lerat; él pretendía que para tener un hijo varón era preciso poner la cabecera de la cama en dirección al Norte; mientras que ella, encogiéndose de hombros, trataba todo eso de niñerías, dando otra receta que consistía en ocultar debajo del colchón, sin que lo supiera la mujer, un puñado de ortigas verdes, cogidas al sol.

Habían arrimado la mesa á los pies de la cama.

Hasta las diez, Gervasia, acometida poco á poco de una fatiga inmensa, permaneció risueña y como embotada, con la cabeza inclinada sobre la almohada; veía y oía, pero no tenía fuerzas para hacer un gesto, ni pronunciar una palabra; parecía como si estuviese muerta, con una muerte muy dulce, desde cuyo fondo era dichosa con ver vivir á los demás. De vez en cuando surgía un vagido de la niña en medio de voces fuertes y de reflexiones interminables sobre un asesinato cometido la vispera en la calle del Bon Puits, en el otro extremo de la Chapelle.

Llegada la hora de marcharse, hablaron del bautizo. Los Lorilleux habían aceptado ser los padrinos; en sus adentros renegaban; sin embargo, si no se les

hubiera ofrecido esta distinción, habrían hecho muy triste figura. Coupeau no comprendía la necesidad de bautizar á la niña; de seguro que esto no la dotaría de diez mil libras de renta, y además, podía coger un constipado. Cuanto menos tratos con curas, tanto mejor. Pero mamá Coupeau le llamaba hereje. Los Lorilleux, sin ir á comerse el buen Dios en las iglesias, preciábanse de religiosos.

—Será el domingo, si queréis—dijo el cadenista.

Y habiendo dado su aprobación Gervasia con un signo de cabeza, todos la besaron, encargándole que se cuidase mucho. Despidiéronse también de la pequeña, inclinándose cada cual encima de aquel cuerpecito tiritante, prodigándole sonrisitas y frases de cariño, como si hubiese podido comprenderlas. Y la llamaban Naná, variación mimosa de Ana, nombre de su madrina.

—Buenas noches, Naná... Adiós, Naná; que seas buena...

Cuando se hubieron marchado, arrimó Coupeau su silla junto al lecho y acabó su pipa, teniendo entre las suyas las manos de Gervasia. Fumaba lentamente, soltando frases entre dos bocanadas de humo, sumamente conmovido.

—¡Vaya! ¡mujercita mía! ¿te habrán mareado? Ya comprenderás que no he podido impedir que viniesen. Y al fin y al cabo, eso da una prueba de su amistad... Pero ¿verdad que estamos mejor solos? Yo tenía necesidad de estarlo contigo. ¡Cuán larga me ha parecido la noche! ¡pobre gallinita mía! ¡también ha tenido pupa! Cuando esos renacuajos vienen al mundo, no saben el daño que hacen. Verdaderamente, debéis sufrir como si os abriesen los riñones. ¿Dónde está la pupa? quiero besarla.

Habíale deslizado suavemente por debajo de la espalda una de sus grandes manos, y la traía hacia sí, besándole el vientre por encima de la sábana, poseído de un enternecimiento de hombre rudo ante aquella fecundidad todavía dolorida. Preguntábale si hacía daño; hubiera querido curarla con el aliento. Y Gervasia sentíase feliz y le juraba que no sufría ni pizca, pensando sólo en levantarse lo más pronto posible, pues en ade-

lante iba á ser necesario no cruzarse de brazos. Mas él la tranquilizaba. ¿No bastaba él para ganar el pan de la pequeña? Merecería que le trataran de haragán, si no trabajaba por la rapazuela. El mérito no consiste en hacer un hijo, sino en mantenerle.

Aquella noche Coupeau apenas durmió. Había cubierto la lumbre del hornillo. A cada hora tenía que levantarse para dar á la niña cucharadas de agua templada con azúcar. Esto no le impidió marchar por la mañana como de costumbre. Hasta aprovechó la hora del almuerzo para ir á la alcaldía á hacer su declaración.

Entre tanto, prevenida la señora Boche, había ido á pasar el día con Gervasia. Pero ésta al cabo de diez horas de profundo sueño, lamentábase, diciendo que estaba molida de permanecer tan largo tiempo en cama. De seguro enfermaría, si no la dejaban levantar.

Por la noche, al regresar Coupeau, refirióle sus tormentos, diciéndole que si bien tenía confianza en la señora Boche, no dejaba de ponerla fuera de sí el ver á una extraña instalarse en su habitación, abrir los cajones y andar en sus cosas.

Al día siguiente, al volver la portera de hacer un encargo, la encontró levantada, vestida, barriendo y ocupándose en hacer la comida para su marido. Y de ningún modo quiso volver á acostarse. ¿Se burlaban de ella, tal vez? Eso de parecer quebrantadas se deja para las señoras; las pobres no tienen tiempo para ello.

Tres días después del parto, planchaba ya enaguas en casa de la señora Fauconnier, con su brío acostumbrado y bañada en sudor por el gran calor del hornillo.

El sábado por la noche la señora Lorilleux llevó sus regalos de madrina: una gorrita de treinta y cinco sueldos y una falda de bautizo, rizada y adornada con una estrecha puntilla que compró por seis francos, porque estaba algo usada.

Al día siguiente, Lorilleux, en su cualidad de padrino, regaló á la parida seis libras de azúcar. Hacían las cosas en grande, hasta el punto en que, en la comida que tuvo lugar por la noche en casa de los Coupeau, no se presentaron con las manos vacías. El

marido llegó con una botella de vino lacrada en cada mano y la mujer con un gran flan comprado en una pastelería muy afamada de la calzada Clignancourt. Sólo que estas larguezas fueron pregonándolas los Lorilleux por todo el barrio, diciendo que habían gastado veinte francos. Gervasia, al saber sus alharacas, disgustóse mucho y ya no les agradeció sus obsequios.

En aquella comida de bautizo acabaron los Coupeau de relacionarse estrechamente con los vecinos del mismo piso. La otra habitación estaba ocupada por dos personas, madre é hijo, los Gouget, como así les llamaban. Hasta entonces habíansé saludado al encontrarse en la escalera ó en la calle, y nada más, los vecinos parecían un poco huraños. Pero habiéndole subido un un cubo de agua la madre, al día siguiente del parto, juzgó del caso Gervasia invitarles á la comida, tanto más, cuanto que le eran simpáticos, y de ahí, naturalmente, nacieron las amistades.

Los Gouget eran del departamento del Norte. La madre remendaba blondas; el hijo, herrero de oficio, trabajaba en una fábrica de clavos. Hacía cinco años ya que vivían en la habitación de enfrente. La silenciosa paz de su existencia ocultaba un antiguo y hondo pesar; el padre de Gouget, un día de furiosa borrachera, en Lima, mató á un compañero con una barra de hierro y después se ahorcó con un pañuelo en la prisión.

La viuda y el hijo, trasladáronse á París después de tan tremendo lance; sentían pesar siempre sobre sus cabezas aquel drama y procuraban rescatarlo por una honradez estricta y una dulzura y valor inalterables. Hasta había en ellos una parte de orgullo, pues concluían por creerse mejores que los demás.

La señora Gouget, enlutada siempre, encuadrada su frente por una toca monacal, tenía un semblante pálido y tranquilo de matrona, como si la palidez de las blondas y el minucioso trabajo de sus dedos le hubiesen dado un reflejo de serenidad. Gouget era un coloso de veintitrés años, buen mozo, de rostro sonrosado, ojos azules y fuerza hercúlea. Sus compañeros de taller le llamaban Gueule d'or, á causa de su hermosa barba rubia.

Gervasia concibió desde luego viva amistad por ellos. Cuando entró por vez primera en su habitación, se quedó admirada al ver la limpieza que reinaba en ella. No había que criticar, y aun cuando se soprase en cualquier rincón, no se levantaría ni un átomo de polvo. El pavimento relucía lo mismo que un espejo.

La señora Gouget la hizo entrar en el cuarto de su hijo, para que lo viese. Era un cuarto bonito y blanco como la alcoba de una doncella, con su cama de hierro ornada de cortinas de muselina, una mesa, un lavabo, un pequeño armario para libros, y estampas por todas partes, figurillas recortadas, grabados iluminados sostenidos por cuatro clavos, retratos de varios personajes, cortados de los periódicos ilustrados.

La señora Gouget, sonriendo, decía que su hijo era un niño grande; por la noche, cuando la lectura le fatigaba, se entretenía mirando las estampas. Gervasia pasó cerca de una hora con su vecina, que se había vuelto á sentar ante su bastidor, junto á la ventana.

Llamábanle la atención los centenares de alfileres que sostenían la plantilla, dichosa con respirar el grato olor de limpieza de aquella habitación, donde la delicadeza de la labor de la señora Gouget invitaba al recogimiento.

Cuanto más se les frecuentaba, más excelentes se encontraba á los Gouget. De lo que su trabajo les producía ponían más de la cuarta parte cada quincena en la Caja de Ahorros.

En el barrio, todos les saludaban con cierto respeto, y todos hablaban de sus economías. A Gouget nunca le veían roto; siempre vestía blusas limpias, sin la más mínima mancha. Era muy fino, y hasta tímido, á pesar de sus anchas espaldas.

Las lavanderas del extremo de la calle se divertían viéndole bajar los ojos cuando pasaba por delante de sus tiendas.

No le agradaban sus palabrotas, pareciéndole repugnante que las mujeres manchasen constantemente sus labios con voces obscenas. Un día, sin embargo, regresó á casa algo chispo, y su madre, por toda reprensión, puso ante sus ojos un retrato de su padre, una

mala miniaturá que guardaba piadosamente en la cómoda.

Desde aquella lección Gouget no volvió á beber más de lo necesario, sin por ello odiar el vino, porque el vino es necesario al obrero. Los domingos salía de paseo con su madre, á la que daba el brazo; comúnmente la llevaba hasta Vincennes, y algunas veces al teatro. Su madre era su única pasión, y aun hablaba con ella como cuando niño. Algo duro de mollera y embotadas sus carnes por el rudo trabajo del martillo, si bien su inteligencia era escasa, distinguíase en cambio por su mucha bondad.

Al principio Gervasia le estorbó mucho; mas á las pocas semanas acostumbróse á ella. Acechábala al pie de la escalera para subirle sus paquetes, y la trataba como hermana, con brusca familiaridad y cortando para ella grabados de los periódicos.

Empero, una mañana, habiendo abierto su puerta sin llamar, la encontró medio desnuda, lavándose el cuello; y, durante ocho días, ni siquiera se atrevió á mirarla la cara, de manera que acababa por hacer que ella se ruborizase también.

Cadet-Cassis decía con su calor parisiense que Gueule d'or era un animal. Una cosa es no beber, y no estar requebrando continuamente á las muchachas en la acera de la calle, y otra es ser hombre; de lo contrario valía más que se pusiese enaguas. Burlábase de él delante de Gervasia, acusándole de guiñar los ojos á todas las mujeres del barrio; y el gigante defendíase con calor de estas imputaciones.

Ello no les impedía á los dos obreros ser buenos amigos. Llamábanse uno á otro por la mañana, para ir juntos al trabajo, y á veces bebían un vaso de cerveza antes de regresar á casa. Desde la comida del bautizo tuteábanse, porque el tratarse de «vos» alarga las frases. A esto se limitaba su amistad, cuando Gueule d'or prestó á Cadet-Cassis un importante servicio, servicio de esos que no se olvidan en toda la vida.

Era el 2 de diciembre. El plomero tuvo la ocurrencia, por distraerse, de bajar á París á presenciar el motín; importábasele un comino de la República, de Bonaparte y de todo el terremoto, pero, eso sí, adoraba

la pólvora y encontraba muy chuscos los tiros de fusil. A punto estaba de perecer en una barricada, cuando interponiéndose el herrero, que acertaba á encontrarse allí, consiguió escudarle con su cuerpo y ayudarle á escapar. Al subir por la calle del arrabal Poissonnière andaba Gouget de prisa, grave el semblante.

El sí que se ocupaba de política, era republicano, pero cuerdamente, en nombre de la justicia y de la felicidad general. Sin embargo, no había disparado un tiro. Y daba sus razones; el pueblo se cansaba de sacar de la lumbre las castañas para los burgueses; febrero y junio eran famosas lecciones; así, pues, en adelante, los arrabales dejarían que París se las arreglara como mejor lo entendiase.

Después, al llegar á la altura, calle des Poissonnières, volvió la cabeza, mirando la capital; allí continuaba el jaleo; algún día se arrepentiría el pueblo de haberse cruzado de brazos. Mas Coupeau se reía, llamando necios de remate á los asnos que arriesgaban su piel con el sólo objeto de conservar sus veinticinco francos á los malditos haraganes de la Cámara. Por la noche los Coupeau convidaron á los Gouget á comer, y á los postres. Cadet-Cassis y Gueule d'or abrazáronse estrechamente, jurándose amistad hasta la muerte.

Por espacio de tres años la vida de ambas familias transcurrió, á uno y otro lado del corredor, con la mayor tranquilidad. Gervasia había criado á su niña encontrando el medio de perder, á lo más, dos días de trabajo por semana. Hacíase una buena obrera de fino, y ganaba hasta tres francos. Así, pues, habíase decidido á poner á Esteban, que iba á cumplir los ocho años, en un colegio de la calle de Chartres, á razón de cinco francos al mes. El matrimonio, á pesar de la carga de los hijos, imponía todos los meses partidas de veinte y treinta francos en la Caja de Ahorros.

Cuando sus ahorros llegaron á la suma de seiscientos francos, perdió la joven el sueño, asediada de un deseo ambicioso: quería establecerse por su cuenta, alquilar una tiendecita y tomar á su vez obreras. Todo lo tenía calculado. Al cabo de veinte años, si el trabajo

no mermaba, llegaría á tener una renta que se marcharían á comer tranquilamente á cualquier punto, en el campo. Sin embargo, no osaba arriesgarse. Para tener el tiempo de reflexionar, decía que andaba buscando una tienda conveniente.

El dinero no comía nada en la Caja de Ahorros; muy al contrario, allí se reproducía. En tres años sólo satisfizo uno de sus antojos; compró un reloj de sobre mesa; y aun este reloj, de palosanto, con columnas salomónicas y péndola de latón: lo tomó á condición de pagarlo en un año, por partidas de veinte sueldos cada lunes. Enfadábase cuando Coupeau decía que iba á darle cuerda; ella sola era la que quitaba el globo de cristal, y limpiaba las columnas con una especie de religioso culto, como si el mármol de su cómoda se hubiese transformado en una capilla. Debajo del globo del reloj, ocultaba la libreta de la Caja de Ahorros. Y á menudo, cuando soñaba en su tienda, pasábase largos ratos, estática, ante la esfera, contemplando fijamente el girar de las manecitas, cual si esperase algún minuto particular y solemne para tomar una resolución.

Los Coupeau salían casi todos los domingos á paseo con los Gouget. Eran alegres partidas, una fritada en Saint-Ouen ó un conejo en Vincennes, merendando en grata paz, bajo el emparrado de un figón. Los hombres bebían comedidamente y regresaban con la vista clara, dando el brazo á las mujeres. Por la noche, las dos familias hacían la cuenta, dividiéndose el gasto por mitad, sin que nunca diera margen á discusiones un sueldo más ó menos. Los Lorilleux envidiaban á los Gouget.

Parecíales muy chusco el ver á Cadet-Cassis y á la Banbán acompañarse con extraños, siendo así que tenían parientes. ¡Vaya! ¡pues! lo mismo se les importaba de su familia, que de una guinda. Desde que tenían ahorrados cuatro sueldos, hacíanse los orgullosos. La señora Lorilleux, muy ofendida de ver que se le escapaba su hermano, volvía á vomitar injurias contra Gervasia. La señora Lerat, al contrario, tomaba la defensa de la joven, contando en su favor cosas extraordinarias, tentativas de seducción por la noche, en